

Información y cultura en las postrimerías del siglo XX

María José Ruiz Acosta

Asistimos, en los años que cierran el siglo XX, a procesos tan dispares en los campos de la información y la cultura que cada vez se hacen más necesarios replanteamientos provenientes de distintos ámbitos con el objeto de definir lo que ambos elementos suponen en la formación del hombre.

A nadie le son ajenos en nuestros días fenómenos tan evidentes como el incremento cuantitativo de los Medios de Comunicación Social y los progresos en las modernas tecnologías de la información, así como tampoco nadie duda del auge que ha experimentado la producción bibliográfica en estas últimas décadas.

Sin embargo, lejos de congratularnos por esos hechos, nos planteamos hoy si éstos que llamamos *instrumentos de la comunicación y la cultura* no están contribuyendo a asentar la crisis de valores que define a nuestra sociedad, a fomentar, en definitiva, la *competencia* en lugar de la *cooperación*.

Desde esa reflexión, la comunicación que presentamos tiene como objetivo realizar un breve «excursus» por uno de los medios cuya presente situación mejor encarna la mencionada actitud.

El libro en la sociedad del siglo XX.

Considerado uno de los primeros medios de comunicación creados por el hombre y el que, con toda seguridad, ha desempeñado la más relevante función cultural a lo largo de la historia de la humanidad, el libro constituye un elemento íntimamente ligado a la capacidad reflexiva del ser humano. De hecho, un buen número de civilizaciones —conocidas como las «culturas del libro»— han asentado su originalidad y fuerza en dicho elemento, otorgándole un valor religioso y mítico, para, más adelante, encumbrarlo como garante del orden civil, político y social.

Memoria de la humanidad, impulsor de cambios o mantenedor del orden establecido, su verdadera función democratizadora se pone en evidencia —a decir de algunos investigadores— a partir de los años cincuenta de la presente centuria. Superando a etapas anteriores, es en la segunda mitad del siglo XX cuando el libro queda elevado a la consideración de «medio de masas», merced a un espectacular proceso de escolarización y alfabetización y al incremento de la renta per cápita, factores que facilitarían una mayor adquisición y asimilación de obras impresas¹.

Resumo un proceso. A principios del siglo XX, las editoriales constituían, por lo general, negocios familiares, empresas relativamente pequeñas, especializadas con frecuencia en un tipo de libros; no obstante, y pese a su modesta producción, durante esas décadas se fueron asentando las bases de lo que, concluido el conflicto bélico de 1945, sería denominada *industrial cultural*. Aunque lejos de las tiradas de periódicos y magazines, el libro asumió, desde esos momentos, la calificación de ente social por excelencia,

¹ Vid. Jesús Timoteo Álvarez, *Historia y modelos de la comunicación en el siglo XX. El nuevo orden informativo*, Barcelona, Ed. Ariel, 1986.

vehículo de ideas, instrumento de educación y privilegiado recipiente de la Literatura².

De suyo, las razones que explican esa situación en las mencionadas fechas remitían, en primer término, al fomento de la educación en todas sus etapas³; junto a ello, se destacó el despegue de la empresa editorial que, gracias a la fórmula de la concentración, permitió la multiplicación de sus posibilidades de introducirse en el público. A resultas de ambos factores, los más importantes grupos editoriales han empezado a converger en alianzas para configurar redes editoriales internacionales y nacionales; igualmente, a poner en marcha nuevas tácticas en la producción y comercialización de libros (ediciones baratas y de bolsillo⁴, clubs o círculos de lectores⁵), que se encuentran en la base del éxito de numerosas campañas emprendidas a favor de la lectura⁶.

Algunos síntomas de la validez de esas fórmulas hacen referencia al hecho de que entre 1955 y 1990 la edición mundial de títulos casi se triplicara, pasando de 269.000 a 842.000. A este dato habría que añadir que, desde 1914 hasta la actualidad, las bibliotecas europeas y norteamericanas han atravesado uno de sus períodos más singulares, caracterizado por el auge inigualado de los centros públicos de lectura⁷.

Un desigual desarrollo de la cultura bibliográfica.

Frente al optimista panorama que apuntábamos —apoyado en la «objetiva realidad» que parecen presentar las cifras—, se observa también en nuestros días la consolidación de tendencias que niegan la posibilidad de que el libro alcance su valor como instrumento universal de cultura.

Por de pronto, las bajas tasas de instrucción en algunas naciones están provocando en determinados continentes —como África (varios países superan cifras del 90% de analfabetos), Asia (el 80%) o la zona meridional de América (el 40%)— un generalizado retra-

² El espectacular desarrollo de la edición de textos —primero en los Estados Unidos y en la década de los sesenta en Europa— testimonia su empuje: entre 1952 y 1970, el crecimiento anual de la industria se sitúa en torno a un 10%; desde 1970 a la actualidad, en un 16,5%.

³ Ejemplo de ello es el hecho de que si, en 1945, los libros de texto suponían un quinto del total del volumen de ventas, en 1980, alcanzaron un tercio.

⁴ Aunque no son un invento reciente —a los contemporáneos de Marcial ya les gustaba usar puggillares— la importancia de este elemento en nuestros días estriba en facilitar el acceso al libro a amplios grupos. En general, su éxito se atribuye a su pequeño tamaño, su atractiva cubierta y su precio barato, conseguido a base de la fabricación en serie y de una moderna mecanización más parecida a la de la prensa que al tradicional comercio del libro; a ello hay que añadir que el público joven se identifica con ellos porque contienen obras actuales y vivas y porque éstas se convierten en un símbolo contra el libro reverenciado por las generaciones anteriores.

⁵ Iniciados en los Estados Unidos en los años 20 de este siglo, los clubs del libro suponen la supresión del canal normal de distribución —la librería— pues el editor se relaciona directamente con el lector usando el correo para los catálogos y los libros. Su implantación no se debe tanto a la falta de librerías como a la carencia de tiempo del lector para visitarlas, así como a la dificultad de encontrar allí los libros más convenientes.

⁶ Junto a éstos, otros procedimientos de venta son: el correo, los libreros especiales que ofrecen los restos de las ediciones compradas a las editoriales y la venta de obras a plazos, una de cuyas modalidades es la venta por fascículos. Vid. A. Cim, *Le livre. Historique, fabrication, acbat, classement, usage et entretien*, París, 1975.

⁷ En ellas se pone de manifiesto que, aunque en la actualidad, el destino final del libro sea la librería, lo cierto es que el número real de lectores supera con mucho a los ejemplares vendidos en ellas. Las cifras de ventas no son sino un dato externo y aproximativo para acercarse a la verdadera vida de un libro; a ellas hay que sumar el consumo en bibliotecas —pública o privada— y los préstamos.

so en la mayoría de los ámbitos de la vida⁸. Si consideramos que la alfabetización constituye el sedimento indispensable para que se asiente el hábito de la lectura, se comprenderá que su ausencia provoca el fuerte desequilibrio de la producción bibliográfica entre las diferentes áreas mundiales. La traducción de tal realidad al campo de las cifras nos aporta los siguientes datos:

—del total de 842.000 libros editados en 1990, 600.000 corresponden a los países desarrollados.

—en la distribución por continentes, Europa acapara un 52,4% de la producción; América, un 17,6% (del cual el 12,6% correspondería a Norteamérica); Asia, un 27,1%; un 1,4% a Oceanía; y, por último, un 1,2% a África.

—en relación a las áreas lingüísticas, el primer puesto lo han ocupado durante esta centuria las obras escritas en inglés (casi una cuarta parte), seguidas de las realizadas en ruso (12%), alemán (11%), japonés, francés y español (7%), lo que significa que un 70% de la producción mundial se ha publicado sólo en seis lenguas —las de la cultura actual—, siendo relativamente escasa la oferta en otros idiomas. También en inglés son realizadas casi el 50% de las traducciones, situándose a gran distancia el ruso, el francés, el alemán, el italiano y las lenguas escandinavas.

Al panorama descrito se añade la fuerte competencia que otros medios están planteando al libro, elementos que, usando la imagen y la expresión oral —cine, televisión, video— o sólo esta última —radio—, canalizan la mayor parte de los mensajes contemporáneos. En clara conexión con este aspecto, se aprecia un agudo desprecio hacia las enseñanzas humanísticas en general: en una época dominada por la llamada *cultura de la imagen*, un numeroso contingente de países —antaoño grandes potencias mundiales en la producción de libros— ofrecen, progresivamente, reducidos índices de lectores.

Incluso cabría referirse al descenso del nivel de respeto hacia el libro, actitud del todo opuesta al superior prestigio —lo hemos mencionado— de la imagen y de sus procedimientos, desde el *cómic* a la televisión. Prueba de ello es que, en los últimos años, son cada vez más frecuentes las voces que plantean la necesidad de facilitar el aprendizaje al niño a partir de técnicas audiovisuales en sustitución del libro, al que se considera difícil y aburrido. Algunas de las reformas de la enseñanza secundaria van, peligrosamente, en este sentido.

A la situación descrita se añade el hecho de que la *cultura del ocio* favorece la formación de un receptor esencialmente pasivo, que anula su capacidad crítica y se limita sólo a recibir información, no a interpretarla. Bajo esas condiciones, no resulta extraño que se reduzca, de modo paulatino, la posibilidad de favorecer la formación de lectores responsables, aquéllos capaces de mantener un comportamiento autónomo y crítico frente a una información teledirigida y avasalladora⁹.

A resultados de todo ello, en las últimas décadas se alude cada vez con más frecuencia a las profecías del conocido comunicólogo canadiense Marshall McLuhan, quien auguraba la muerte del libro, incapaz de sufrir la competencia de lo audiovisual. Quiero estar de acuerdo con Roland Barthes, defensor de una tesis contraria, cuando declara que la imagen no podrá nunca sustituir al lenguaje escrito; mas, lo cierto es que la amenaza de aqué-

⁸ Afectan, especialmente, a los medios rurales más que a los urbanos, a las mujeres más que a los hombres, a los sectores más envejecidos de la población que a los jóvenes. Vid. A. Palau y Dulcet, *Manual del librero español e hispanoamericano*, Madrid, 1948.

⁹ Vid. Miguel Siguán, «El libro en la educación», en AAVV, *La cultura del libro*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1983.

lla se refuerza, mientras, por otro lado, y pese a las políticas de fomento de la lectura y libros para niños, el bajo número de lectores sigue siendo alarmante.

¿Caben soluciones?

Ante tal panorama, se nos ocurren dos posibles líneas dirigidas a restituir al libro la función que le corresponde en la conformación de la cultura de finales del siglo XX.

La primera de ellas conectaría con el apoyo a las instituciones que, a nivel nacional o internacional, tienen como cometido preservar el valor de los textos. Quizás, la más emblemáticas de las surgidas con tal fin en la presente centuria haya sido la *Unesco*. Creada en 1946 con carácter intergubernamental, esta organización especializada de las Naciones Unidas aúna esfuerzos para que, mediante la educación, la ciencia y la cultura, se aseguren la paz y el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales.

Para lograr ese fin de la perfección del ser humano y del entendimiento entre los pueblos —en orden a crear una solidaridad intelectual y moral de base mundial— desarrolla campañas que, a través de la lectura, permitan que los hombres se formen criterios personales para vencer los estereotipos y las ideas equivocadas sobre el prójimo. En suma, sus promotores partieron de la idea —que hoy aún preside sus acciones— de que, puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en ella donde deben erigirse los baluartes de la paz.

Para lograrlo, la Unesco pone a disposición de los gobiernos, entre otras actividades, a especialistas para el desarrollo de las bibliotecas, principalmente las públicas; procura la libre circulación del libro y la defensa de los derechos de los autores; favorece el surgimiento de industrias editoriales para que produzcan libros y periódicos en cada país sobre temas que interesen a sus habitantes; promueve la comercialización de las obras para evitar el colonialismo cultural; y se cuida del progreso de la enseñanza, a través de campañas de alfabetización. Además, en su órbita se incluyen actividades como la reconstrucción de bibliotecas destruidas, la creación de centros bibliográficos nacionales, la convocatoria de reuniones y seminarios sobre el tema así como la edición de numerosos manuales¹⁰.

A nivel nacional se hace necesario el apoyo a organismos entre cuyos objetivos se declara una abierta y completa protección al libro. Tomando como ejemplo el caso español, ese interés iría canalizado a sostener a instituciones como el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas* que, desde su creación en 1939, edita los estudios y análisis de sus colaboradores, trabajos referentes a todos los aspectos del saber humano; a numerosas Academias, entre las que se ha destacado la Española; a las Cámaras del Libro, encargadas de organizar los distintos sectores que intervienen en la producción de éstos, tales como papeleros, impresores, editores, libreros y autores; a las Fiestas del Libro y las Ferias del Libro, que desde 1926 y 1932, respectivamente, constituyen imprescindibles instrumentos de promoción de las obras de escritores españoles; y al Instituto Nacional del Libro, que desde 1935 se encarga de la tutela económica y cultural de lo impreso¹¹.

¹⁰ Junto a ella, destaca la Organización de los Estados Americanos de la Unión Panamericana, con residencia en Washington, que lleva adelante un programa interamericano orientado al progreso y aumento de las bibliotecas mediante el asesoramiento técnico y servicios informativos a estas entidades, a otros centros bibliográficos y a autoridades gubernamentales y educativas.

¹¹ Otros de los fines de esa entidad son: establecer depósitos en los países hispanoamericanos, formar y

Una segunda propuesta de solución iría encaminada a integrar las innovaciones de las modernas tecnologías al campo de la producción bibliográfica. Está demostrado que la abundancia de información generada y su dispersión constituyen, en nuestros días, uno de los grandes desafíos a los que deben responder todos cuantos trabajan con libros. Para ello, los bibliotecarios han desarrollado procedimientos que engloban desde la colocación ordenada, la recuperación o rápida localización por el lector de la información que le interesa, hasta la elaboración de catálogos y resúmenes. Evidentemente, con la ayuda de los modernos sistemas electrónicos estas actividades se realizan de forma más rápida y segura. De igual forma, el empleo del ordenador viene hoy a resolver muchos problemas de corrección, edición y conservación de los textos. Su uso en la confección del libro constituye un aspecto fundamental, mucho más si se tiene en cuenta que los costes de esa tecnología van en descenso, lo que contribuye al abaratamiento de las ediciones¹².

Hacia la complementariedad.

Numerosas son —como hemos visto— las razones que sustentan la necesidad de una protección del libro de cara al cumplimiento de sus múltiples funciones en la actualidad; una condición, pues, asentada en la posición de la lectura como uno de los más fuertes pilares contra el exclusivo colonialismo de lo audiovisual.

Por todo ello, nos decantamos por la tesis de que la sociedad presente no puede permitirse el lujo de prescindir de un medio de comunicación como ha sido el libro; máxime si es posible la *complementariedad* que evite el predominio de unas parcelas del conocimiento sobre otras. No debemos olvidar que la riqueza del conocimiento consiste, más que en dar prioridad a unos elementos de comunicación —lo oral y lo visual— sobre otros, en acoger a toda fórmula cuyo fin informativo —tal es el caso de lo escrito— ha marcado momentos decisivos a lo largo de la historia.

Con estas palabras lo certifica Svend Dahl: «Hay razones para creer que la historia del libro no acabará con el fin del siglo XX (...). Habrá siempre una misión para este práctico medio de comunicación que posee la ventaja esencial sobre todos los demás de no ser pasajero como ellos, sino un perdurable depósito de pensamientos y saberes, acciones, sentimientos y fantasías de la humanidad, siempre dispuesto a abrirse de nuevo»¹³.

difundir la bibliografía en lengua española, proceder al registro de autorizaciones y contratos, vigilar los tratados de propiedad intelectual, así como organizar ferias y exposiciones de libros españoles en el extranjero. Desde 1941 toma el nombre de Instituto Nacional del Libro Español.

¹² Vid. N. Wiener, *Cibernética i societat*, Barcelona, 1965; J. Morán, *Printing in the Twentieth Century*, Londres, 1974; C. Norrie, *Publishing and bookselling*, Londres, 1974; C. Seymour-Ure, *The political impact of mass media*, Londres, 1974; y Singer y Holmyard, *A history of technology*, Oxford, 1978.

¹³ Svend Dahl, *Historia del libro*, Madrid, Alianza, 1990, pág. 292.